

— ¿De cuándo acá se te alcanza
recordar tal desacuerdo?
— Dejarme en mi bienandanza:
¡bella será una esperanza,
pero es muy dulce un recuerdo!

Aun me ocupa la memoria,
cuando la lumbre cercando,
entre ilusiones de gloria,
una historia y otra historia
me fué, amorosas, contando.

Siempre en ellas se moría
uno que á su ingrato bien
como á sus ojos quería;
mas no me contó que había
hombres ingratos también.

Dióme, con chistes discretos,
conchas, cruces y regalos,
y mágicos amuletos
que por instintos secretos
daban pavor á los malos.

Y los gustos de la vida
me ponderaba halagüeño,
en plática tan sentida,
que, cual si fuese beleño,
me iba dejando adormida.

Y mi amante pesadumbre
prosiguió astuto aumentando,
hasta que el postrer vislumbre
débil lanzando la lumbre,
se fué la sombra espesando...

— ¿Por qué entonces de su fuego
rémora no fué tu calma?
— Creí sus perfidias luego,
porque acompañó su ruego
con un suspiro del alma.

— ¿Y fuiste, al rayar el día,
su ruta, niña, á inquirir?
— En vano fui, madre mía;
ya el sol derretido había
la nieve que holló al partir.



Corriendo desalentada
fui de lugar en lugar...
— ¿Y qué hallaste, desgraciada?
— Al cabo de la jornada
hallé el placer de llorar.

— ¿Cuál genio, en tan triste día,
á escuchar su frenesí,
más ciega que él te impelía?
— La *compasión*, madre mía...
— Y... ¿quién la tendrá de tí?

XVI

CORTA ES LA VIDA

ARÓSE, una voz sentida
cierto viajero escuchando,
y vió un ave que, rendida
al pie de un árbol, piando
triste exhalaba la vida.

Y al ver que, al árbol querido
mirando desde la grama,
alzaba el postrer gemido
hacia la flexible rama,
que era el sostén de su nido:

— He aquí— dijo en su sorpresa—
la imagen de la fortuna:
vagando sin ley alguna,
al fin hallamos la huesa
al mismo pie de la cuna. —

Y alejándose al momento,
por templar su mal no escaso,
añadió en su pensamiento:
— ¿Cuánto las separa? — ¡*Un paso!*
— ¿Y qué media entre ambas? — ¡*Viento!*

XVII

EL CONCIERTO DE LAS CAMPANAS

(PARA MÚSICA)

Por un *nacido* allí imploran,
y aquí por un *muerto* lloran:

cuando allí tocando están
¡*Din don, din dan!*
tocan aquí en bronco son:
¡*Din dan, din don!*

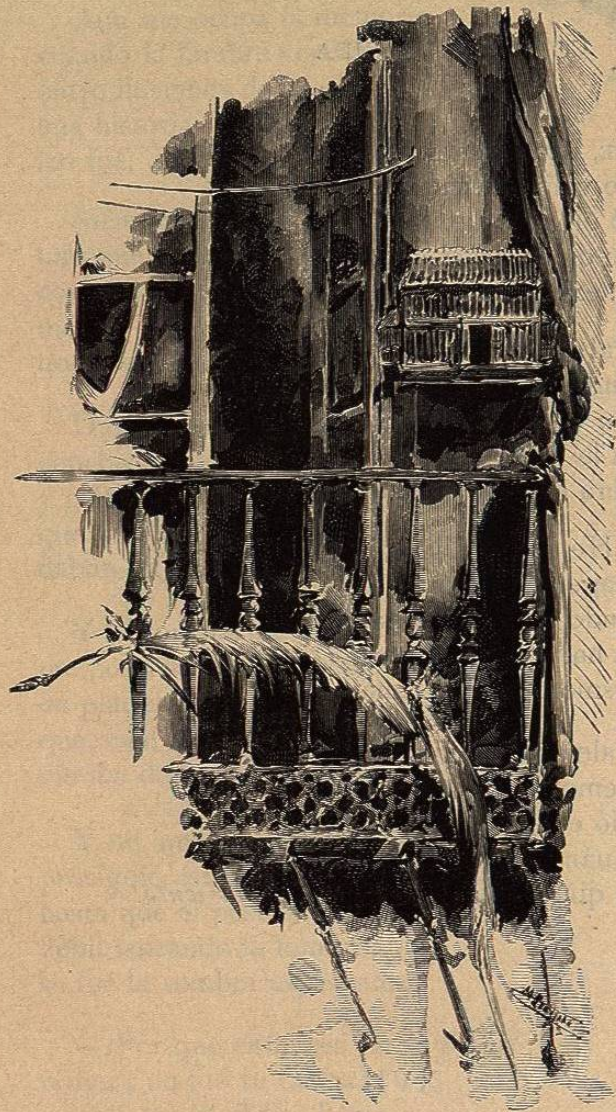
Allí un *vivo*, y aquí un *muerto*.
A tan monstruoso concierto,
labrando mis goces van,
¡*Din don, din dan!*

su tumba en mi corazón:
¡*Din dan, din don!*

¡Ay, cuán falsamente unida
va con la muerte la vida!
¡Qué inútil es nuestro afán!
¡*Din don, din dan!*
¡Qué breves las dichas son!
¡*Din dan, din don!*

XVIII

VIRTUD DE LA HIPOCRESÍA



No eres más santo porque te alaben, ni más vil porque te desprecien. Lo que eres, eso eres.

(KEMPIS, lib. II, cap. VI.)

Ya he visto con harta pena
que ayer, alma de mi alma,
mandaste colgar, Elena,
de tu balcón una palma.

Y, ó la palma no es el título
de una candidez notoria,
ó no es cierto aquel capítulo
en que habla de tí la historia.

Pues dicen que hoy imprudente,
después que la palma vió,
riéndose maldiciente
cierto galán exclamó:

— Mal nuestra honradez se abona
si nuestras virtudes son
cual la virtud que pregona
la palma de ese balcón.—

Bien te hará entender, Elena,
esta indirecta cruel,
que ya es pública la escena
que pasó entre Dios, tú y él.

Pues, al mirarte, embebido,
dice entre sí el vulgo ruin:
— Ya hay alientos que han mecido
las flores de ese jardín.—

Mas tú niega el hecho, Elena,
porque en materias de honor,
antes, el Código ordena,
ser mártir que confesor.

Aunque á hablar de tí se atrevan,
siempre será necio intento
dudar de honras que se llevan
palabras que lleva el viento.

Da al misterio la verdad;
que la virtud, en su esencia,
es *opinión* la mitad,
y otra mitad *apariciencia*.

Palma ostenta, pues es uso,
que, aunque mentir no es prudente,
por algo Dios no nos puso
el corazón en la frente.

Nada á confesar te vengza,
que engañar por el honor,
es en los hombres *vergüenza*,
y en las mujeres *pudor*.

Y si tu honor duda implica,
no dudes que hay mil que son
cual la virtud que publica
la palma de tu balcón.



XIX

GLORIAS PÓSTUMAS

Á DON NICOMEDES PASTOR DÍAZ, CON MOTIVO DE LA FALSA MUERTE DE UNA AMIGA.

Aun el pesar me asesina
de cuando aquí por muy cierto
se dijo de CAROLINA
que (¡Dios nos libre!) había muerto.

El que menos,
con ojos de espanto llenos,
«¡Cuánto lo siento!», exclamaba...
Pero ninguno lloraba.
El que se muere, PASTOR,
ó se ausenta,
es *cero* que olvida amor
en su cuenta.

Los que esperan fe en muriendo,
¡cuánto yerran!
*Bueno ó malo, á lo que entiendo,
al que se muere lo entierran.*

No hay ser que, al «¡Dios le perdone!»
con que hace al muerto un regalo,
si es su enemigo, no entone
el *Libera nos à malo*.

Cantan esto,
los que no aman, por supuesto;
porque los que aman muy bien,
dicen: *Requiescat... Amén.*
Al que ama y no ama, igual pena
le acomete,
exceptuando alguna escena
de sainete.
Premio igual dan y reciben
los que quieren,
*ya olvidando á los que viven,
ya enterrando á los que mueren.*

Cuando más, los muy leales
nos recomiendan á Dios
con dos misas de *á seis reales*;
total, *cuartos* ciento dos.

Y aun dos misas
no son del todo precisas,
pues con una solamente
cubre un hombre el *expediente...*

¿Para qué, ansiando, vivimos
entre lloro,
y adquirimos y adquirimos
oro y oro...
si al fin un deudo allegado,
sin gemir,
entre un mal lienzo hilvanado
nos enterrará al morir?

«Con tu ausencia y veinte reales,
un duro mi pecho gana.»
Así calcula sus males
nuestra condición humana.

¡Maldición
sobre tan vil condición!
¿No hay más deudos ni parientes
que las muelas y los dientes?
¡Ay! dí á tu amiga, PASTOR,
que si muere,
de nadie gloria ni amor
nunca espere;
pues llenando el ataúd
do le encierran,
con amor, gloria y virtud,
¡al que se muere lo entierran!

XX

NADA DE NADA.—NADA POR NADA

*Por cosas de este mundo
nunca te apures,
que no hay mal que no acabe,
ni bien que dure.*

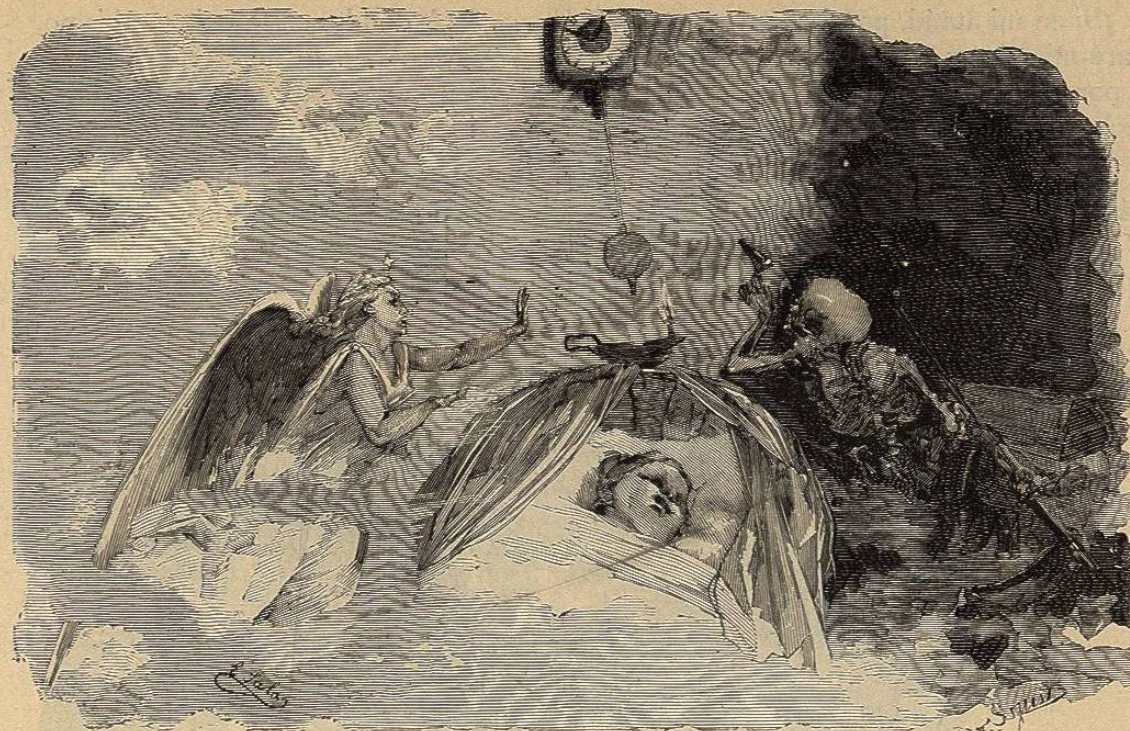
(CANTAR.)

Nada me importa. Al sentimiento extraño,
ni en el bien gozo, ni en los males peno;
si ahogo en el *no importa* el propio daño,
sepulto en un *¡paciencia!* el daño ajeno.
Esperando mi mal, mi bien engaño;
paso lo malo en aguardar lo bueno;
y así, el alma en sí misma sepultada,
da á habido y por haber — *nada de nada.*

Me es todo igual. Nada el placer me importa,
ni al hosco aspecto del dolor me irrito.
Si el mal la senda de mi vida acorta,
prorrumpo sin rencor: — *Estaba escrito.*
Cuando sus iras mi destino aborta,
— *Buen semblante á mal tiempo,* — me repito;
y así, cerrando á la pasión la entrada,
grabé en mi corazón: — *Nada por nada.*

Nada me importa. Que daré no ignoro
sepulcro al bien y al mal en mi indolencia.
Sé que mi amor han de curar, si adoro,
el tiempo, el gusto, otro placer, la ausencia.
La presunta ilusión temple mi lloro,
amarga mis delirios la experiencia;
y de afectos en lid tan encontrada,
es lema de mi fe: — *Nada de nada.*

Me es todo igual. Como insaciable hiena
me hiere el desengaño carnicero,
pero en mi herida, sin placer ni pena,
sepulcro doy al universo entero.
¡Oh vida inútil, de pesares llena!
¡Oh estéril mundo, donde el bien no espero!
pues os debo esta fe desesperada,
— *Nada de nada* — os doy; — *nada por nada.*



XXI

VIVIR MURIENDO

Vivit, et est vitæ nescius ipse sua.

(OVIDIO.)

Al nacer me recibieron
la vida y la muerte en brazos;
y al ver tan opuestos lazos,
con torva faz prorrumpieron:

— ¿Qué buscas aquí, perdida? —
dijo á la vida la muerte.
— ¿Nació para tí, por suerte? —
dijo á la muerte la vida.

— Dios, á mi eterna morada, —
responde aquélla, — le envía.
— Soy, para entrarle en la mía, —
dice ésta, — de Dios enviada.

— Pues vuelva al seno de Dios,
y su justicia decida
si es de la muerte ó la vida, —
claman á un tiempo las dos.

Y haciendo, audaz cada una,
presa en el mísero infante,
lento de llanto el semblante
me levanté de la cuna.

Entre ambas camino incierto,
dudando mi fantasía
si antes de nacer, vivía,
ó si es que, al nacer, he muerto.

Los que en la vida fuí dando
desde mis pasos primeros,
cual dados en sus linderos
los fué la muerte contando.

Camino, y en mal tan fuerte,
la mente desvanecida,
nombra desvelo á la vida,
y llama sueño á la muerte.

Ponen, con locos empeños,
mis sufrimientos á prueba,
desvelos, si el sol se eleva,
si se alzan las sombras, sueños.

Y así van el alma mía
sueño y desvelo asediando,
uno tras otro pasando,
como la noche y el día.

Si de la vida, por suerte,
el breve término dejo,
conmigo doy sin consejo
en el confin de la muerte.

Y á veces tan dulces lazos
forman la muerte y la vida,
que una en otra confundida,
van una de otra en los brazos.